

NOTA A LA VERSIÓN ESPAÑOLA

Cuando me fue propuesta la tarea de revisar la traducción de la obra de Fischer y adaptarla al lector español, no era consciente del amplio periplo que estaba aceptando emprender. Me hacía la idea caprichosa de que iba a limitarme a comprobar y, en su caso, modificar algún término técnico, quizás alguna expresión imprecisa y poco más... Pero nada más lejos de la realidad que esta navegación incierta y con frágil gobernalle, que me ha llevado por el piélago proceloso de la gramática árabe sin más astrolabio que una formación víctima de una autocrítica pendular; en su abrazo he oscilado entre dos polos: el riesgo de despeñarme por la Escila de la actividad febril de un entusiasmo incauto, por un lado, y la succionadora y letal Caribdis de la postración letárgica de la impotencia, que amenazaba hacia la otra orilla de tan estrecho paso.

El enorme trabajo de traducción con el que me encontré como punto de partida había dejado numerosas lagunas, a veces párrafos enteros, que tuve que traducir *ex novo*. Otras veces hube de modificar las soluciones que se habían propuesto. No descarto que haya pasado por alto otros errores de traducción, a los cuales habrá que añadir los introducidos por mí mismo en eventuales *lapsus calami* (cuando no han sido directamente *lapsus mentis*) en que haya podido incurrir.

Por otra parte, he resistido, en la medida en que me ha sido posible, la tentación de modificar la interpretación que ofrece el propio autor del sentido de algunas palabras y frases árabes por evidente que me resultara la lectura distinta (o simplemente matizada) que yo hacía de sus citas y ejemplos. No obstante, algunos errores detectados provenían de inadvertencias del propio texto original, a pesar de que ya estaba en su cuarta edición. Así, pues, he podido depurar la traducción de erratas evidentes y corregir algunas citas textuales. De hecho, en cada revisión del texto ha

ido creciendo el número de pasajes modificados, para lo cual he tenido en cuenta también la versión inglesa de Jonathan Rodgers de 2002.

Mención particular merece el caso de las citas coránicas, individualizadas con una remisión genérica en el original alemán, pues reclamaban una revisión a fondo. En estos casos he localizado los pasajes señalando además el número de la azora y la(s) aleya(s). Así ha sido posible corregir algunos deslices respetando a la vez el criterio de Fischer de adoptar la ortografía clásica en lugar de la coránica; criterio que ha sido ampliado en esta versión en el sentido de regularizar la ortografía de todo el texto árabe de la obra, coránico o no, salvo inadvertencia o error. Ahora bien, cuando la corrección de la cita coránica hubiera rebasado la deseable fidelidad textual, he optado por obviar la referencia coránica, que de otra manera no hubiera resultado del todo correcta. Por otro lado, en algunos casos en los que las citas coránicas dejaban sin mencionar alguna que otra palabra, he preferido explicitar tal circunstancia añadiendo puntos suspensivos en el lugar de las palabras que el autor había eliminado de las citas.

En la adaptación de los términos técnicos he buscado un difícil equilibrio entre el respeto al espíritu de la terminología gramatical de raigambre latina, que incorpora el autor, y lo que he considerado una conveniente adaptación a la más habitual del arabismo hispano. A pesar de ello, siempre que no ha habido una razón suficiente para lo contrario, he mantenido los términos de la versión original y traducido la terminología; tal es el caso, por ejemplo, de la denominación de *perfecto* e *imperfecto* para referirse a la oposición *perfectivo/imperfectivo* y para la que yo hubiera preferido utilizar, guiándome por un criterio basado exclusivamente en su marca formal, las expresiones de *conjugación aformativa* y *preformativa*, respectivamente. De manera análoga, para los términos alemanes más «castizos» de *Wurzel* y *Stamm*, he optado por mantenerlos diferenciados como *raíz* y *base*, que reflejan una concepción gramatical poco frecuente entre nosotros.

Diversas cuestiones gráficas han requerido más tiempo del necesario para este tipo de tarea. Una vez más la servidumbre del espíritu a la materia, tan característica de nuestra época moderna, se ha cobrado su inevitable tributo. En este capítulo es de señalar un par de diferencias entre el sistema de transcripción más usual de los arabistas españoles y el adoptado en esta obra. Así se hace en el tratamiento dado a la séptima letra del alifato (خ), transcrita como *ḥ* en lugar de *j*; e igualmente para el caso del grafema *alif maqṣūra* que, en lugar de ser transliterado como *à*, ha sido transcrito como *ā*, tal y como corresponde a su identidad fónica. Por lo demás

he unificado transcripciones dispares de un mismo fenómeno lingüístico, como en el caso del diptongo *ay*, a veces representado por *ai* en el original.

Constantemente he sentido el riesgo que corría de ser devorado como Júpiter a punto estuvo de serlo por Saturno en una carrera continua contra el reloj. Espero no haber llegado demasiado tarde para que esta Minerva pueda nacer como apta luchadora en las lides que le es previsible librar. Suponer que comparece inmaculada sería de una pretensión rayana con lo insolente, si no con lo blasfemo. Me contento con que no lo haga manca y pueda cumplir dignamente su misión. Exigencias editoriales habían impuesto una fecha de entrega a la imprenta y con esos condicionamientos y limitaciones hay que aprender a vivir todo lo dignamente que sea posible.

Queda pues esta versión española en manos del lector en la confianza de que se convierta en libro de consulta para quien desee conocer los detalles y sutilezas gramaticales del árabe clásico, que suelen dejar de lado –muy convenientemente– los manuales de iniciación; no en vano se trata de un manual reconocido por la riqueza de contenidos indispensables para quien se propone trabajar con textos árabes clásicos con precisión y rigor.

Madrid, septiembre de 2014.

RICARDO-FELIPE ALBERT REYNA
Profesor de Estudios Árabes e Islámicos
Universidad Autónoma de Madrid